

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
CAPÍTULO 1. UNA INTIMIDAD MUY PROVECHOSA	
CAPÍTULO 2. DIOS TOMA LA INICIATIVA	
CAPÍTULO 3. LA UNIÓN CON DIOS Y LA EVANGELIZACIÓN	
CAPÍTULO 4. MODO DE SECUNDAR LA INICIATIVA DIVINA.....	
CAPÍTULO 5. AMPLITUD DEL TRABAJO Y CUALIDADES NECESARIAS.....	
CAPÍTULO 6. PRUDENCIA Y DISCRECIÓN COMO COMPAÑERAS DE CAMINO	
CAPÍTULO 7. ELEMENTOS IMPORTANTES EN LA PREPARACIÓN DEL EVANGELIZADOR	
CAPÍTULO 8. ALGUNAS CUALIDADES DESEABLES EN EL EVANGELIZADOR	
CAPÍTULO 9. MODOS DE EVANGELIZAR Y ACTITUDES A TENER EN CUENTA.....	
CAPÍTULO 10. ALGUNOS CONSEJOS PARA UNA CORRECTA EVANGELIZACIÓN	
A MODO DE DESPEDIDA.....	

INTRODUCCIÓN

Estas páginas pretenden transmitir una serie de vivencias percibidas en contacto con los escritos mismos de Ignacio de Loyola y los de los compañeros que lo conocieron personalmente. Lo que nos dejó escrito Ignacio no es demasiado amplio en extensión, si no se toma en cuenta su epistolario, ya que éste ocupa un total de doce volúmenes. Pero el contenido es de una densidad particular, unida a un sentido práctico innegable, lo que lo hace especialmente apto para ser comentado y aplicado a circunstancias humanas asimilables a las que él vivió.

El interés central que me movió a realizar este estudio es la importancia de Ignacio como *evangelizador* y su utilidad para cualquier persona que se sienta llamada a evangelizar. Probablemente él no pensó pasar a la historia con semejante etiqueta, pero no cabe duda de que ha sido uno de los cristianos con mayor capacidad para transmitir la fe, de entre aquéllos de los que la historia nos ha dejado constancia. Su dedicación a los demás se centró en los últimos años de su vida casi exclusivamente en la Compañía de Jesús, como consecuencia de haber sido elegido superior general de la orden. Sin embargo, el hecho de ser la Compañía una institución con marcada tendencia evangelizadora hace que su actuación al frente de ella tenga una relación directa con esta faceta de su personalidad.

Consejos o decisiones de Ignacio que pertenecen claramente al ámbito interno de la Compañía pueden tener, y tienen de hecho en numerosas ocasiones, validez de orientaciones de tipo evangelizador incluso para quienes no

forman parte de los seguidores del mismo Ignacio. Los jesuitas han sido conscientes desde el principio de que la tarea evangelizadora ha formado parte integrante de su forma de ser hasta tal punto que su modo de vivir como religiosos fue objeto de profundas incomprensiones por parte de quienes no podían entender que se organizara la vida religiosa preferentemente en función de las necesidades, espirituales y de cualquier tipo, de los demás.

Este planteamiento, a pesar de todo, no ha terminado clasificando a Ignacio de Loyola entre los activistas que ha producido la humanidad. Dentro de la Iglesia Católica y fuera de ella se reconoce que aportó con su experiencia y su pedagogía de la fe una espiritualidad de amplias resonancias evangélicas, diseñada en particular para tiempos difíciles y para ser vivida en medio de un mundo en convulsión. Aunque él piense que no hay que retirarse del mundo para ayudar a que el mundo se salve, eso no significa que vaya a disolverse en él. Desea ser levadura, y eso supone una unión con Dios compatible con el trajín de quien pone manos a la obra para ayudar a quien pueda necesitarlo, sean cuales sean las circunstancias en las que pueda verse envuelto.

Por las razones indicadas, y por otras que irán aflorando a lo largo de las páginas siguientes, podrá comprenderse el que la razón de ser de este trabajo ha sido únicamente ofrecer un espejo en el que mirarse, para quienes deseen dedicar su vida a transmitir el mensaje que nos dejó Jesús, no mediante una imitación servil de sus modos de actuar, sino como fermento inspirador de los propios impulsos que el Espíritu pueda suscitar en el lector. A Ignacio no le habría desagradado ser levadura al estilo de la parábola del Evangelio, y es de esperar que pueda seguir contribuyendo a la evangelización del mundo a través de esta semblanza, que solamente pretende presentar el modo en que llevó a cabo los

deseos que Dios puso en su corazón de ganar el mundo para Cristo.

Con vistas a que Ignacio se manifieste al lector con sus propias palabras, el relato de su trayectoria como evangelizador está completado constantemente con citas literales de él mismo, que así se hace presente mejor que con cualquiera de las explicaciones que puedan ofrecerse sobre su modo de pensar y de sentir. El modo en el que se expresa es inconfundible. Por eso, en lugar de transmitir sus ideas con expresiones de nuestro tiempo, he preferido que fuera él mismo quien se expresase directamente, con las mismas expresiones que recogieron quienes lo conocieron y lo apreciaron en lo que valía.

He procurado mantener la ortografía lo más cercana posible al original, ya que en la mayor parte de los casos es perfectamente entendible aunque las expresiones sean propias de un castellano algo arcaico. En los casos en que la comprensión del texto pudiera ser dificultosa he incorporado entre paréntesis cuadrados una versión contemporánea del mismo.

Siempre he sido de la opinión de que los grandes maestros en todos los ramos del saber y del arte, lo han sido trabajando como aprendices de la mano de quienes llegaron a la maestría antes que ellos. Considero por ello que este contacto directo con un maestro de la evangelización como fue Ignacio de Loyola puede obrar pedagógicamente en el lector ayudándolo a ponerse a las órdenes del Espíritu Santo como lo hizo Ignacio con el acierto al que lo llevó este mismo Espíritu al que correspondió con gran docilidad.

Granada, a 25 de Diciembre de 2021

Capítulo 2

DIOS TOMA LA INICIATIVA

Todo el mundo está de acuerdo en que es Dios quien toma la iniciativa de manifestarse a la humanidad, tanto antes como después de la venida de Jesús. Pero no es raro percibir en el ambiente de los creyentes una convicción arraigada de que Dios es exigente hasta el punto de que puede llegar a resultar desagradable. Este modo de pensar hace que bastantes personas se lo piensen dos veces a la hora de darle la oportunidad de disponer de sí mismas, por temor a ser arrastradas a un estilo de vida más duro de lo deseable. Ignacio se encuentra con este problema entre sus amistades y comprueba que esta aprensión acobarda a personas que se sienten atraídas a una entrega generosa. Es lo que le sucedía a su amiga de los tiempos de Manresa, Isabel Pascual, desanimada ante lo que consideraba exigencias divinas en contra de sus propios intereses personales. Ignacio la pone en guardia contra la tentación de pensar que las dificultades en el camino del bien las pone Dios y añade:

«Cuanto más, que el Señor no os manda que hagáis cosas que en trabajo ni detrimento de vuestra persona sean, mas antes quiere que en gozo en Él viváis, dando las cosas necesarias al cuerpo»¹.

Ignacio es de la opinión de que en esta vida el descanso y el bien que buscamos están relacionados directamente con

¹ IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Inés Pascual*, 6 Diciembre 1524, en: *MHSI*, vol. 22, p. 72.

el hacer todo lo que esté en nuestra mano movidos por el amor de Dios². Es lo que pretende inculcar a su amigo Jaime Cassador, que estaba convencido de que Dios somete a duras pruebas a las personas que lo buscan con sinceridad. En el mismo tono de lo que nos indica Jesús en el Evangelio (Mt 7,11), cuando se nos recuerda que Dios es padre bueno y por ello no se puede portar con nosotros peor de lo que lo hacemos nosotros con los demás, ilumina a su amigo sobre la condición divina, que lo hace ser acogedor y delicado, más que duro o destemplado:

«Porque yo no fácilmente puedo creer que una persona, andando en placeres mundanos, o menos dado a Dios Nuestro Señor, y en su seso y juicio, que por más servir y allegarse al Señor nuestro, se permita que aquélla venga en tanto caso de desesperación. Yo, que soy humano y flaco, si alguno veniese [viniese]³ para me servir, y por amarme más, si en mí fuese y fuerzas tuviese, no le podría dejar venir en tanto desastre; cuánto más Dios Nuestro Señor, que, siendo divino, se quiso hacer humano, y morir, sólo por la salvación de todos nosotros. Así no me puedo facilitar [imaginar como fácil] que por aplicarse a las cosas divinas, sin otra causa interna o venidera, ella veniese a tanto suplicio y a tanto mal. Porque de Dios Nuestro Señor es propio dar entendimiento, y no quitar; asimismo esperanza y no inconfianza [desconfianza]»⁴.

² Ver IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Martín García de Oñaz*, Junio 1532, en: *MHSI*, vol. 22, p. 81.

³ *Veniese*: términos arcaicos como éste se conservan tal como figuran en las citas del texto original, dado que con ellos se conserva mejor su sabor.

⁴ IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Jaime Cassador*, 12 Febrero 1536, en: *MHSI*, vol. 22, p. 98. En los signos de puntuación ortográfica respetamos

La iniciativa divina va acompañada de la paz, como don que recibe solamente quien se ve movido por Dios. Con ocasión de recomendar a sus paisanos de Azpeitia la Confraternidad del Santísimo Sacramento, fundada por un dominico amigo suyo, les hace saber que, respecto a ellos, tiene los mismos deseos que cuando los visitó, o sea, que sus «ánimas en todo fuesen quietas y pacíficas en esta vida en la verdadera paz del Señor nuestro, no en la que es del mundo»⁵, ya que la primera es la única paz que vale realmente la pena, como él mismo explica a continuación:

«...porque en el mundo muchos príncipes, grandes y pequeños, hacen treguas y paces exteriores, y la paz interior nunca entra en las ánimas de los tales, mas rencor, envidia y malos deseos contra los mismos con que las han hecho las tales exteriores paces; mas la paz del Señor nuestro, que es interior, trae consigo todos los otros dones y gracias necesarias a la salvación y vida eterna; porque la tal paz hace amar al prójimo por amor de su Criador y Señor, y así amando, guarda todos los mandamientos de la ley, como dice San Pablo: ‘El que ama a otro ha cumplido plenamente la ley’, ha cumplido toda la ley, porque ama a su Criador y Señor, y a su prójimo por Él, he venido a pensar si por otra vía, e siendo absente, pues presente no puedo, podría en algo ejecutar mis primeros deseos»⁶.

lo más posible el original, aunque tales signos no se utilicen en muchos casos como en la actualidad, ya que cambiarlos según criterios propios podría, en ocasiones, desvirtuar el sentido pretendido por Ignacio.

⁵ Ver IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a los habitantes de Azpeitia*, Agosto-Septiembre 1540, en: *MHSI*, vol. 22, p. 161.

⁶ *Ibid.*, p. 161-162.

Lo que sucede es que no es raro que se pierda esa paz en los primeros momentos cuando, al percibir algo como voluntad de Dios, se tiene la impresión de que faltan las fuerzas para llevarlo a buen término. Es lo que le sucedía al P. Juan Nuñez Barreto en el momento de recibir la noticia de que iba a Etiopía como patriarca. Estaba dispuesto a ir a Etiopía con todo el entusiasmo del mundo, pero a las órdenes del patriarca, no como tal; por eso le ruega a Ignacio que no lo proponga para semejante cargo, porque no se ve con talento suficiente para ejercerlo. Ignacio debía de pensar de otra manera, puesto que lo confirma para el puesto y lo anima a contar con Dios para todo aquello que Juan Nuñez cree que le falta, puesto que a quien Dios llama para servir a los demás de una forma determinada Él mismo se encarga de proporcionarle todo lo que le haga falta para llevar a cabo su empresa. Es lo que le dice Ignacio a Juan Nuñez, animándolo a no contar solamente con sus propias fuerzas:

«Y no temáis la empresa grande, mirando vuestras fuerzas pequeñas, pues toda nuestra suficiencia ha de venir del que para esta obra os llama, y os ha de dar lo que para su servicio os es necesario, pues sin vuestra voluntad os pone en este cargo, para el cual no hay hombros que bastasen de humana habilidad o industria, si la divina mano no ayudase a llevar el peso y guiase al que lo lleva»⁷.

La misma pusilanimidad encuentra en un sacerdote de Bolonia, llamado Pedro, que alega poca salud para no verse

⁷ IGNACIO DE LOYOLA, *Carta al P. Juan Nuñez Barreto*, 26 Julio 1554, en: *MHSI*, vol. 34, p. 313.

obligado a entrar en la Compañía y al que Ignacio responde animándolo a dejar el asunto en las manos de Dios:

«En verdad nosotros no deseamos otra cosa sino que cada uno atienda a la divina Majestad en el modo que conviene para más agradarle; y si algún otro modo se hallase que a vos más conviniese para el fin dicho, también nos agradaría más a nosotros. Con esto se puede ciertamente dudar con razón de que este espíritu (que os hace tan pusilánime para andar adelante) sea espíritu de Dios, antes parece sea algún afecto humano y frágil de ternura hacia los parientes y la patria, o de vivir a vuestro modo y libre; porque, por lo demás, las fatigas que entendimos soportábais a los principios en la cura de las almas, no eran menores de las que en la Compañía nuestra os aguardan, bien que fuesen menos meritorias, y el tratamiento de vuestra persona en la comida, etc., no era mejor; así que, en cuanto a la salud, tan sano estaréis en la Compañía como fuera de ella, o más. Para aclarar, pues, este espíritu, parece sería bueno que os esforzaseis en resignaros de nuevo en las manos de Dios y en considerar el caso vuestro, como conviene a persona de juicio y siervo de Dios; y si hallárais que Dios os da confianza para servirle en estado de perfección religiosa, avisad; pero, si os parece que debéis tornar al siglo, seremos vuestros amigos como antes, porque aquí a nosotros nos importa sólo el bien vuestro y el mayor servicio de Dios, cuya gracia sea siempre y crezca en vuestro corazón»⁸.

⁸ IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Pedro, sacerdote de Bolonia*, 23 Julio 1556, en: *MHSI*, vol. 42, p. 173-174.

Cualquiera puede pensar, a primera vista, que Ignacio se mostraba demasiado seguro en casos en que la decisión no era tan sencilla como podría parecer. Sin embargo, una vez tenidas en cuenta las circunstancias, siempre tenía muy claro que el trabajo real de llevar adelante las cosas corre por cuenta de Dios. Refiriéndose a la Compañía, y entre las cosas que tiene que tener presente el que llama a sus puertas, afirma con rotundidad que las cosas de Dios, como la propia Compañía, las promueve Él y las mantiene Él:

«...la suma Sapiencia y bondad de Dios nuestro Criador y Señor es la que ha de conservar y regir y llevar adelante en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesús, como se dignó comenzarla...»⁹.

Por tanto, secundar la iniciativa divina será lo prioritario frente a cualquier otro tipo de estrategia humana:

«...de nuestra parte, más que ninguna exterior constitución, la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones ha de ayudar para ello...»¹⁰.

Consecuente con todo lo anterior, a la hora de preocuparse por el modo en que la Compañía puede ayudar a los demás, recomienda especialmente los deseos y oraciones¹¹, que constituyen la manera humana de cooperar a la obra de Dios en nuestras vidas. Todo este planteamiento

⁹ IGNACIO DE LOYOLA, *Examen y Constituciones*, [494], en: SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Obras*. Edición Manual, preparada por I. Iparraguirre, C. de Dalmases y M. Ruiz Jurado, Editorial Católica, Madrid ⁵1991.

¹⁰ *Ibid.*, [134].

¹¹ *Ibid.*, [638].

se expresa con especial contundencia cuando se trata de conservar algo tan querido para él como la Compañía:

«Porque la Compañía, que no se ha instituido con medios humanos, no puede conservarse ni aumentarse con ellos, sino con la mano omnipotente de Cristo Dios y Señor nuestro, es menester en Él solo poner la speranza de que Él haya de conservar y llevar adelante lo que se dignó comenzar para su servicio y alabanza y ayuda de las ánimas»¹².

No tiene, por tanto, nada de particular que recomiende el recurso a Dios como el «primer medio y más proporcionado» para cooperar con Dios en que se haga su voluntad, prescribiendo oraciones y celebraciones eucarísticas constantes, en manera que no falte por nuestra parte el interés necesario para que el Señor pueda contar con nuestra cooperación a su obra.

De todo lo dicho puede deducirse con claridad que Ignacio es providencialista en el mejor sentido de la palabra. Es fundamental estar a la escucha de Dios para no confundir nuestros planes con los que Él tenga realmente en un momento dado. No hay que tener desconfianza hacia los encargos que nos pueda hacer, ya que es más competente y comprensivo que el mejor amigo que podamos tener. Y toda nuestra confianza debe residir en Él, que es el único que puede llevar adelante lo que desee que hagamos. Para Ignacio es fundamental secundar la iniciativa divina, por encima de las estrategias humanas, por muy nobles y acertadas que pudieran ser éstas, para no engañarnos en lo

¹² *Ibid.*, [812].

que más nos debería importar: vivir según la voluntad de Dios. Y se esfuerza por subrayar que no hay nada que temer de Él, en contra de lo que muchos opinan, recordando uno de los principios básicos del trato con Dios, que nos recuerda que solamente en Él podemos encontrar el apoyo y el aliento que necesitamos en nuestra vida.